



EL SAINETE,

PERIODICO IMPOLITICO.

UNA NOCHE EN EL TEATRO REAL.

Bulliciosa multitud de festivas máscaras inundan el salon. Acaban de disiparse en fugitivos ecos las últimas armoniosas notas de una brillante introduccion. Máscaras y no máscaras pasean, hablan, rien, embroman y se disponen á gozar hasta donde alcancen sus facultades metálicas y persuasivas.

Aparecen los señores bastoneros ondeando con adusta gravedad los flotantes penachos de sus largos bastones.

La orquesta preludia y el wals comienza.

Se puso en juego la máquina: estremecimiento general.

La primera descarga eléctrica se ha dejado sentir: las parejas voltean con rapidez; la música las empuja; el entusiasmo las conmueve; el flúido magnético se desarrolla; el sensualismo las impulsa; como arrebatadas de violento torbellino cruzan y desaparecen ante la vista del tranquilo observador.

Si yo tuviese, por desgracia, (y gracias que no es así) el corazon inundado de amargura, la naturaleza hastiada de placeres, y el alma destrozada y abatida por una pasion no satisfecha, podria esclamar con Espronceda.

«Pasad, pasado en óptica ilusoria
Y otras jóvenes almas engañad,

»Nacaradas imágenes de gloria,
»Coronas de oro y de laurel, pasad!
»Pasad, pasado, mujeres voluptuosas!
»Con danza y algazara en confusion;
»Pasad, como visiones vaporosas,
»Sin conmover ni herir mi corazon!

En efecto; cual vaporosas y encantadas visiones se ostentan muchas con sus elegantes ó graciosos trages, con sus ondulantes faldas, con sus rizados ó tendidos cabellos, con sus ojos brilladores á través del antifaz, con sus labios purpurinos, con la torneada garganta y el turgente seno desnudo y jadeante, con todos los atractivos en fin, que la coqueteria sabe arrancar al arte y á la naturaleza. Mas ¡ay! que solo son en realidad visiones, vistas á través de un prisma de brillante colorido. Pero cuando este prisma se empaña, cuando el velo de la ilusion se desgarrar, entonces aparece descarnada y asquerosa la árida y desnuda realidad.

Pero léjos de mí tristesimas reflexiones: volvamos al baile.

El wals ha concluido, pero la broma aumenta: el wals rápido, animado y revoltoso, no ha sido mas que un lijero preludio. La cordialidad mas sincera, la familiaridad mas franca, la igualdad mas absoluta reina en el salon. El tradicio-

nal y altivo aristócrata no se desdén de estrechar públicamente la esbelta cintura de la graciosa modista, ni de dejar se enlance con su brazo el de la gastada mujer de mundo: un torero pasea al lado de un cortesano de Luis XIV: un diablo de descomunales orejas dá golpecitos en la espalda y estrecha la blanca mano de una cándida pastora, y la pastora se inclina con languidez y sonríe con voluptuosidad: un payaso enamora á una beata y la beata le dá á besar la cruz de su rosario: ¿se la presenta tal vez como talisman que defienda su virtud? Se me ocurre una observación: la cruz es muy pequeña; la beata la tiene bien cogida; distancia de la cruz á la mano.... cero. *Tras de la cruz está el diablo*; decían nuestros abuelos.

Pero dejemos á maldicientes lenguas malignas interpretaciones. Venid conmigo, vosotros los partidarios del socialismo; los que quereis llevar la nivelación social hasta un grado de perfección imposible: venid, vosotros los apóstoles de la igualdad, venid, y encontrareis aquí en pequeño esa soñada igualdad que difícil es plantear en mayor escala: venid y decidme luego, si no es este el verdadero templo de esas tres divinidades representadas por las palabras, *Libertad, Igualdad y Fraternidad*. Las clases se confunden, las educaciones se nivelan, las costumbres se colocan á la misma altura, las intrigas amorosas cunden y se propagan en todos sentidos, las conquistas mas difíciles se emprenden con idéntico valor; aunque también es verdad, no faltan bobalicones, que toman por plaza fuerte alguna antigua, ruinosa y desmantelada fortaleza, estropeada por el uso, deteriorada y carcomida por el tiempo; se proveen de todas armas, establecen el bloqueo, forman su plan de campaña y deciden apoderarse de ella por sorpresa, en la persuasión de que es imposible tomarla por asalto.

Bienaventurados los pobres de espíritu....

Entregado el mío á tales reflexiones llegó á abstraerse hasta el extremo de quedar sumergido en un profundo sueño, en un ángulo del salón donde había establecido el observatorio. En medio del soñoliento letargo, parecíame que mudaban de forma, se borraban y confundían los objetos que giraban ante mis ojos en incesante procesión: desapareció el salón de baile, apareciendo en lugar suyo el arca de Noé.

Quisiera en este momento ser naturalista para poder analizar, clasificar y definir la multitud de seres que vagaban, bullían y pululaban apiñados, mezclados y confundidos en aquel hormiguero. Culebras, víboras, serpientes de cascabel, camellos, dromedarios, osos, lobos, cabras, cabritos, liebres, galgos, conejos, multitud de aves de rapiña; hé aquí las especies que mas sobresalían en el estrecho recinto del arca. Mas lo que sobre todo predominaba era una soberbia colección de astutas raposas, acechando cada cual su presa. Una cosa se observaba en ellas digna de llamar la atención: no asestaban sus tiros á las gallinas como sucede hoy en nuestros campos: se inclinaban á los gallos, y con mas preferencia á los pollos. De estos había gran variedad: unos que todavía llevaban el cascarrón arrastrando, otros que acababan de soltarlo, pero cuya piel aun permanecía húmeda; algunos vestiditos ya de pluma y otros pocos echando sus cantadas de cuando en cuando. De la familia humana no descubrí mas que las estremidades: por lo regular no tenían malos cimientos las hijas del Patriarca. Sin embargo hubieran podido sacarse buenos modelos para explicar á un colegio de ciegos la forma del paréntesis, del ángulo, y de algunos objetos

vulgares, como escarpías, palillos de tambor, raseros de semillas, etc.

Lo que mas llamó mi atención fué ver que Noé se había multiplicado; es decir, había muchos Noés ocupados en aquello de las uvas.

Pero el sueño se disipa, y volvemos á encontrarnos en el salón, en el momento en que dá principio la galop final. Magnífico cuadro se desarrolla á nuestra vista! Efecto quizás de los vapores del sueño, que aun tienen perturbado nuestro cerebro, nos parece que la orquesta vá por poniente y las parejas por levante; que de estas, unas bailan galop, otras redowa, otras mazurka, otras se mueven de babor para estribor sin ganar terreno; algunas al avanzar se ven obligadas á retroceder, empujadas por otra pareja mas rápida, ó por un turbión de alocadas máscaras.

Paréceme que hay también en algunos rostros una maliciosa satisfacción, en otros se lee una esperanza frustrada ó una ilusión desvanecida: en algunos el tedio y el aburrimiento y en no pocos la inquietud y el afán.

Pero huyamos cuanto antes del salón: las máscaras lo desamparan; las luces amortiguan su fulgor; las últimas notas de la música acaban de disiparse; el pavimento está sembrado de flores marchitas, de cintas rotas y ajadas, de encajes desgarrados y sucios.... huyamos, que el silencio y el abandono reemplazan al estrépito y la alegría.

Preguntemos uno por uno á todos los concurrentes que conserven espedita la inteligencia y con jugo el corazón, los goces que han disfrutado, los dolores que han sufrido.

¿Adónde se inclinará la balanza?

R. R. GONZALEZ.

A Q.....

Te quise porque te ví,
Y te ví porque Dios quiso,
Y al ver cuán poco me quieres
Quisiera no haberte visto;
Ni quiero, ni puedo darte
Quejas, pues quise yo mismo
No quitarme las heridas
De querer sin ser querido.
Mas quiera la suerte cruda,
Y quiera inclemente el sino,
Que quieras querer á quien
De tu querer le dé un pito,
Y quiera, mas, no, no quiero
Quererte mal, bien querido,
Lo que quiero es que me quieras
Y si has de quererme hoy mismo,
Y quiero que quiera el cielo
Que tu querer sea infinito,
Y quiero estarte queriendo
Quiera ó no quiera el destino.

SELIM.

QUIEN ES LA CURSI, DONDE SE LA ENCUENTRA

Y COMO SE AMAÑA.

Lastimoso es en verdad el cuadro que vamos á describir á nuestros suscritores, mirándolo desde su verdadero punto

de vista; pero este personaje femenino nos ha lastimado mas de una vez la vista, hiriéndonos el corazon siempre que la hemos visto á la clarísima luz del gas en los salones de Capellanes, en el teatro de Oriente, ó en cualesquiera de las alegres reuniones de esta capital.

La *Cursi* todo lo invade, todo lo atropella, en todas partes se encuentra. La *cursi* es una mujer de 15 á 23 años de edad en provincia, y que avanza hasta los 40 en la corte; hija generalmente de un alto empleado que murió, ó de un coronel que ametrallaron (de ahí no baja ella nunca); sus primeros años los pasa en una bohardilla aprendiendo á hacer pespuntos y bainicas, y despues en deletrear novelas y trocitos de canciones tristes, que mas adelante se acompaña con los acordes de una cascada guitarrilla que heredó de sus mayores. Estas cancioncitas que siempre acaban con aquello de

Infeliz la que tanto te amaba

Para siempre la dicha perdió...

se las aplauden primero su mamá, despues la vecina de la bohardilla inmediata, y luego el hijo de la vecina que es un peluquero muy decente que sabe puntear la vihuela á las mil maravillas y la anima para que aprenda en las interminables noches de invierno; la muchacha aprende á tocar dos ó tres walsecitos; mas adelante el hijo de la vecina forma un gran empeño en enseñarla á bailar, y nuestra niña, que ya cuenta 16 abriles, baila como una perezosa; mas llega un domingo en que nuestro peluquero se presenta en la bohardilla de su vecina y la ofrece billetes para ir á lucir sus adelantos á los salones de las *Delicias*; aquí es ella, nuestra heroína lo anuncia á su mamá, la mamá se niega, la niña llora, patalea..... hasta que al fin la pobre madre cede á los ruegos de la hija á condicion de que se han de volver prontito.

Vencidos los inconvenientes, la *cursi* come ó no come, apoya convenientemente sobre el fogon un pedazo de cristal azogado, que fué de un espejo, se peina segun el último figurin, porque peinarse de moda no cuesta un cuarto, despues sobre aquella bonita cabeza, que siempre es bonita á la edad que la presentamos, cuelga un diluvio de cintas y moñajos con que hace desaparecer su hermosa cabellera; acto continuo se viste un trajecito que nunca pasa de lana, coloca en sus hombros una modesta manteletita de tafetan, su céfiro y en marcha... Ya la tenemos con cinco minutos mas, enganchada del brazo de su vecino gallardeándose en el salon ó cochera de las *Delicias*, esperando que empiecen los hijos de la noche su *tocata* para entregarse á su mas querida diversion.—El baile.

Allí el peluquero la pasea con orgullo por delante de sus camaradas y amigos, la columpia en sus brazos al son del *pum pum* del bombo y los trompetazos de los demás instrumentos, la muchacha se rinde al fin por el cansancio, y pasa á sentarse al lado de su mamá por medio de una turba de bailarines que la sofocan mas diciéndola *chicoles*.

Apenas ha descansado algunos momentos su vecino vuelve de nuevo á ofrecerle el brazo, ella lo coje, vuelta á pasear y vuelta al baile hasta que la noche va estendiendo su negro manto, los trompetazos suenan con mas fuerza, las parejas se atropellan, se arma un verdadero galope de todos los diablos, y en medio de aquel *cipixape*, la *cursi* cae por aquellos suelos de Dios y por un descuido del jóven vecino se aproxima un desconocido, la ayuda á levantar y llama bárbaros á los que tan fogosamente galopan; la niña le dá las gracias, arregla su descompuesto peinado, se acomoda sus trapitos y

se resuelve á abandonar aquella mansion de *delicias* en que ha visto deslizarse las tres mejoras horas de su vida....

El vecino busca á sus vecinas, pero nuestra *cursi* ha encontrado un brazo mas sólido que el de su pareja y en él se apoya. El hombre que le dió una mano para librarla de los pisotones de los que vacilaban, no la abandona, se ofrece á acompañarlas y la mamá accede á ello; en el camino le dice que es muy bonita; ella le dá las gracias y lo llama *galante*; él le ofrece su amistad y billetes para el primer baile de Capellanes donde la sociedad es muy *distinguida* y las consideraciones á las *señoritas*, estremadas, etc., etc. Han llegado á casa, la mamá se detiene delante de la puerta esperando que se marche el *generoso caballero*, pero hace un frio que la hiela y se decide á dar 35 golpes y *repique* para que la vecina les arroje la llave y arribar á su habitacion que ofrecen á su acompañante, madre é hija, y él se marcha.

Al subir la escalera

La madre.—Creí que no se marchaba en toda la noche.

La hija.—Qué fino y qué elegante es ese caballero. Tiene unos ojos muy espresivos....

La madre.—Saca los fósforos.

La hija.—Si con la prisa no me acordé de llevarlos.—Y dice que se llama Julio; qué nombre tan bonito!

La madre.—Y no tenemos aceite!

La hija.—Qué feliz será la mujer á quien ame Julio!! (Suspira.)

La Madre.—(Tentando en la habitacion.) Pero á dónde diablos dejaste los fósforos?

La hija.—No lo sé, mamá; quién piensa ahora en fósforos!

La madre.—Pues nos acostaremos á oscuras.

La hija.—Pero no cenamos, mamá?

La madre.—No sabes que no habia un cuarto y que el tendero no fia?

La hija.—Qué desgraciada soy.... Si me amara Julio.... (Vuelve á suspirar.)

Y así nuestra desdichada *cursi* se despoja de sus galas sin replicar palabra, busca á tientas su pobre lecho y pocos momentos despues ronca con la tranquilidad de la criatura mas feliz de la tierra.

(Se continuará.)

J. GABALDON CISNEROS.

LA PAPALINA DE SU ABUELA.

CUENTO.

(Continuacion).

La luz del alba penetrando por las rendijas de su ventana, hirió sus párpados haciéndole volver de su alarmante parasismo. Al encontrarse tendido sobre la alfombra y ver las ropas de su cama en completo desórden recordó instantáneamente las aterradoras escenas que se habian representado ante su vista en las pasadas horas de la noche: volvió á tener miedo, y levantándose rápido abrió de par en par las ventanas de su alcoba que inundaron por completo torrentes de luz viva. Entonces se rió de su miedo, y tembló en seguida al comparar la realidad de su posicion social, con las estravagantes visiones del fugitivo ensueño. Sin duda la realidad le pareció mas dolorosa: pero decidido á llevar á cabo sus proyectos, se encaminó con el semblante compungido, á la habitacion de Doña Eustaquia. La doncella le salió al encuentro.

—Duerme aun mi señora? le pregunto dulcificando cuanto pudo la aspereza de su voz.

—Ay! no señor, contestó la doncella, mi señorita ha pasado tan

mala noche que apenas habrá descansado una hora y media. No ha hecho mas que quejarse y suspirar continuamente.

—Cuánto lo siento! Voy, voy á verla sin dilacion.

—Es el caso, añadió la criada, que mi señorita se ha ido á misa, apenas amaneció.

Creo que es inútil decir la satisfaccion que experimentaria Caralampio al saber que al menos por algunos minutos estaba libre de la enojosa presencia de su mujer. Sin embargo manifestó un profundo sentimiento de lo mismo que tanta alegría le causaba; encargó á la criada le avisase cuando estuviese de vuelta la señora, y se retiró á su habitación para meditar el plan de campaña mas adecuado al logro de sus intentos.

—El tiempo pasa y mi mujer no parece, exclamaba Caralampio. Oh! si no pareciese nunca....

En efecto: eran ya las once de la mañana y aun no habia venido la doncella á anunciarle la vuelta de su señora. Disponíase á salir de su curiosidad cuando le entraron una carta. El sobre decia, á mi esposo.

—Quién ha traído esta carta? preguntó Caralampio con rapidez.

—Un hombre que volvió la espalda apenas la puso en mis manos, contestó el criado.

—Pero, no ha venido la señora?

—No señor.

—Bien, retírate.

Rompió sobresaltado el lacre y despues de quedarse solo, leyó lo que sigue:

«Me es imposible, Caralampio mio, estar á tu lado sin ser en realidad tu esposa. No tengo resignacion para verte y hallarme privada de tus caricias. Los dias que necesitas para cumplir tu promesa, he dispuesto pasarlos, lejos de tí, rogando á Dios por nuestra futura felicidad y pidiéndole nos conceda una dilatada sucesion que haga las delicias de nuestra vejez.

A Dios, esposo mio, dentro de tres dias... ¡oh!... cuánto te quiero tu

Eustaquia.

Caralampio quedó aturrido con la lectura de esta carta y despues de meditar largo rato concluyó por quedarse como estaba en un principio, sin saber qué partido tomar y sintiendo solamente por de pronto una perentoria necesidad de abrigar el estómago; pues era la una del dia, y desde la noche anterior no habia probado el alimento.

Llamó al criado, y acto continuo le fué servido el desayuno. Una hora despues Caralampio consultaba con su amigo Cándido el partido que debía tomar en tan criticas circunstancias.

—El asunto es grave, decia Cándido, y requiere mucho tacto. Sin embargo, puesto que ya has cometido la calaverada, acepta sus consecuencias. Solo con el tiempo puede conseguirse lo que intentas; tienes por lo tanto que resignarte á representar el papel de marido, y marido cariñoso y condescendiente con la buena doña Eustaquia.

—Eso de ningún modo.

—Tú lo has querido. Además que antes...

—Dejémenos de antes ni despues: hay ciertos recuerdos que me atacan al estómago. Yo no te pido reflexiones sino solamente un consejo adecuado para la consecucion de mis deseos.

—Te repito que el asunto es árduo: es preciso ante todo combinar un plan delicado, atando todos los cabos, tomando todas las medidas, y luego que la combinacion esté perfectamente trazada, ponerla por obra con decision y energía. Yo lo meditaré esta noche y mañana lo discutiremos.

—Eso es perder dos dias, y no tengo mas que tres de vida. Tú olvidas que estoy condenado; que mi verdugo me asediará pasado mañana, y no tendré mas recurso que aceptar mi suplicio, fingirle amor y caer en sus brazos.

—Pues no hay otro remedio, Caralampio; no obstante, á la noche nos veremos en el Suizo, y si durante el dia se me ocurre alguna idea feliz allí pensaremos sobre las probabilidades de su realizacion.

—En tí confío, Cándido, tu has de ser mi ángel salvador, pero

no me olvides, y contempla el apurado trance en que me veo.

—Ya procuraremos sacarte de él.

—Hasta la noche, Cándido.

—Adios.

Ahora es necesario dar á nuestros lectores algunas noticias acerca del consultor é íntimo amigo de Caralampio.

Cándido Berruga era uno de esos hombres que sin fincas, ni destino, ni medio alguno conocido de subsistencia pasan una vida holgada, llena de comodidades y de goces. Su existencia es un misterio para la sociedad que le rodea, nadie (inclusa la policia) sabe de donde vino, ni á donde vá. Conoce á todos y todos le conocen, con la diferencia de que él conoce la vida pública y privada de los demás, y estos no conocen mas que su nombre. No tiene amigos íntimos, ni novias, ni queridas, ni tertulia diaria, ni café determinado; pero se le encuentra en todas partes, viste con elegancia, galantea á todas las mujeres, habla con cordialidad á todos los hombres, y donde quiera que se presenta es bien recibido, aun cuando al volver la espalda sea objeto de critica, tanto mas ágría y severa cuanto que no tiene punto conocido en que apoyarse. Bajo un aspecto tan angelical como su nombre, guarda un talento precóz y una malicia refinada. Con todas estas circunstancias y una carencia absoluta de escrúpulos religiosos, morales y sociales, Cándido Berruga es un hombre de mérito para cierta clase de negocios.

Por eso, Caralampio, que en materias de conciencia tampoco avanza mucho, se confia enteramente á él, y de él espera el remedio de su desgracia.

Pero si Cándido no tiene otras rentas, claro es que estos negocios debe cobrarlos bien caros. Tambien es natural que el que mejor pague sea mejor servido.

Veamos como sirve á Caralampio.

(Se continuará.)

EL JUGADOR.

Creo yo, y muy bien puedo equivocarme, que el temor de hacer mal una cosa, no debe detener á nadie para que trate de hacerla bien; los medios no siempre concuerdan con el fin, pero si ellos son buenos, si el que los emplea está convencido de que obrando como piensa, sigue el camino que su conciencia le dicta, jamás debe retroceder: no conseguirá lo que quiso, mas tampoco podrá tacharse de negligente.

Si pues no digo lo que decir quisiera, si lo que escriba no fuere tan bueno como deseara, cúlpese mi menguada inteligencia, y no mis intenciones que son las mejores del mundo.

No trataré de esos hombres, para quienes el juego es la única ocupacion de su vida; su corazon está seco, y sus acciones son el resultado de las mas severas combinaciones de la razon. No desprecian las ganancias, y las pérdidas rara vez les privan del sueño. En ellos no busqueis ni generosidad, ni compasion. ¿Hay oro? pues es bastante; la víctima importa poco, y con tal que ese oro se traslade á sus arcas, lo que suceda despues les es indiferente.

No respetan posiciones, ni edades; y si alguna vez aconteció, que compadecidos del dolor que revela en su semblante, el incauto jóven que cayó en sus manos y que doblon tras doblon vé desaparecer el pequeño capital que su padre al morir le dejara, le devuelven parte de la suma que con deshonrosos manejos le han arrebatado; esto lo miran como un paréntesis de su azarosa vida, como un hecho que no debe repetirse, y que tienen buen cuidado en ocultar á los de su villano oficio, porque no los tilden tal vez de bisonos, ó porque semejante trato se opone á las reglas que entre sí miran como inconcusas.

No tienen patria ni hogar, y como los salvajes, alzan sus tiendas tan pronto como devastaron la pradera en que hicieron alto.

Si los buscáis, desaparecen; pero estad seguros de encontrarlos allí donde se maneje el oro en abundancia.

Sin conocerse personalmente unos á otros, se distinguen pronto por sus actos, y entonces, ó dos no caben cerca de una misma mesa, ó una sola mirada insignificante para los demas, basta para ponerlos

de acuerdo, sirviendo el uno de instrumento á los manejos del otro, cubriéndose con manto de víctima el que solo es despiadado sacrificador.

Mas tarde, cuando ya la mesa ha quedado despejada, y triunfante el protagonista; cuando todos aquellos que poco antes se agolpaban á porfía en torno del magnifico tapete, como atraídos por el argentino son de la moneda hayan desaparecido místios y deshalados, dejando allí la tranquilidad y la calma; cambia completamente la escena, y se despeja la situación de los dos héroes del vicio.

Retirados á apartada vivienda, sin mas testigos que la opaca luz que en medio de ellos se consume, véreislos reflexionar sobre las jugadas que los dos de mancomun hicieron, disputar con el mas frio cinismo acerca del modo con que uno habia comprendido los movimientos del otro, darse esplicaciones, y despues de comunicarse mutuamente sus infames conocimientos partir el tesoro villanamente ganado; teniendo cuando mas para los despojados, una sonrisa sardónica ó algun cruel sarcasmo.

¿Y mañana? Es inutil preguntar por ellos. Allí, quizá pudieran ser conocidos.

Apartemos la vista de tan repugnantes seres, y veamos á esos que bien pudiera llamar, jugadores de casualidad; porque, ni buscan con afán el juego, ni cifran en él su esperanza, mirándole cuando mas, como una distraccion.

Entre estos, no deja de haber algunos que se obsequen, y que por lo mismo lleguen á buscar en el juego otra cosa distinta de la que él por su mismo índole puede proporcionar. Para probarlo, referiré lo que aconteció á uno de mis amigos de la época en que yo era mozo. Su vida servirá perfectamente á mi propósito, y así objetivando mi idea, solo tendré que narrar en lugar de describir.

Era el tal amigo, jóven alegre y dotado de un corazon el mas bello; su fortuna le proporcionaba lo bastante para vivir desahogado, y su único, su dominante pensamiento era, el arreglar sus negocios de tal modo, que pudiera sin temor alguno aspirar á unirse con su adorada María.

—María y tú, me decía con frecuencia, llenais todo mi corazon; en tí encuentro una amistad sin la cual, me habia de ser difícil vivir, y en María, todo el amor que necesito para ser feliz.

Y era verdad, su felicidad, sus esperanzas, y hasta las mas ligeras dudas eran el pábulo constante de nuestra conversacion. ¡Cuántas veces, reunidos en casa de María, tenia ella misma que indicarnos, con angelical sonrisa, la conveniencia de que nos retiráramos! ¡Cuántas veces, se nos hacia imposible, que la inflexible mano del reloj hubiera corrido tanto!

Siempre alegres, contentos siempre, corría por nosotros la vida cual cristalino arroyuelo entre flores, y nos habíamos acostumbrado de tal modo á comprendernos, que mas de una vez la solicitud del uno se anticipaba á los deseos del otro.

Mas tan placida y venturosa vida, no podia durar largo tiempo.

Si nuestra peregrinacion en la tierra es un tejido de alegría y pesar, de amargura y de contento; si hemos de encontrar espinas al lado de las rosas, para que no nos olvidemos de nuestro destino; preciso era que los perfumados capullos desaparecieran para ceder su lugar á las punzantes espinas. Y así fué.

Un dia noté que mi amigo traía pintado en su rostro el insomnio y el disgusto, que sus palabras sonaban en mis oídos con menos armonía que hasta entonces, que sus ojos en fin, no sostenian como antes la mirada de los míos.

Desde entonces sus visitas, comenzaron á ser menos frecuentes; si le buscaba en su casa, rara vez estaba en ella, y huía cuidadosamente de mí, si en la calle le encontraba.

Sin saber á qué atribuir un cambio tal, declarándome inocente despues del mas prolijo exámen de mi conducta, propúseme el sacrificio de imitar su frialdad, y de separarme hasta de María, á quien habia llegado á querer como á una hermana.

Que todo se olvida en este mundo, es una máxima que raras, muy raras veces deja de cumplirse; el tiempo con su capa de hielo, todo lo cubre y marchita; y las grandes calamidades, como la felici-

dad mas pura, llegan á ocultarse de tal modo, que solo en momentos muy contados, se reflejan en nuestra mente; y entonces, como sombras que desaparecen al acercarse el dia, ó fantasmas que huyen al tocar la realidad.

Habian pasado algunos años desde el dia en que por última vez estreché la convulsa mano de mi amigo, y hé aquí, que una tarde de verano, en esa hora que mas nos convida á meditar, cuando la luz del esplendente sol desaparece y vemos los objetos rodeados de fantásticas sombras, oigo entrar en mi habitacion un hombre, que con mal seguros pasos se me acerca.

Mi corazon le conoció, antes que yo pudiera creer lo que veía.

Era mi antiguo, mi mejor amigo, que al hallarme en el lugar mismo en que se habia separado de mí, al ver la silla en que otras veces se sentaba, los libros que hojeaba distraído mientras en delicioso coloquio se deslizaban los instantes, al recordarle sin duda todo aquello, la ingratitud con que habia procedido, los azares porque habia pasado, y la disipada vida que tan tristemente habia consumido, ahogaba el dolor la palabra en su garganta, manifestándome con su silencio lo mucho que padecía.

Tendile por fin la mano que oprimió con frenesí, y despues de calmada algun tanto la agitacion que embargaba todo su ser, comenzó á referirme su historia no sin que muchas veces tuviera que alentarle para que la concluyera.

—Ocho años hace, que por última vez estuve en este mismo lugar, el orgullo impidió entonces que te participara mis pesares, y de aquel instante parte la serie no interrumpida de sinsabores que ha llovido sobre mí.

Pocos dias ántes de aquel, habia sido presentado en una tertulia, en que el juego hacia un gran papel. Yo no sabia jugar, y en tanto que empezaba el baile, no sabia separarme del que me habia presentado, y que solo por política me acompañaba; cansóse luego de su deferencia y acercóse á una mesa donde las monedas corrían en abundancia de mano en mano, y á la que fui yo á parar tambien, estando poco menos que aburrido pues á nadie conocía.

Invitáronme á jugar al monte, y mi amigo se encargó de ser mi maestro. Al principio, fué tal mi fortuna; que todos fijaron en mí la atencion, de tal modo, que llegaron á escitar mi vanidad, y traté con empeño de sostener mi reputacion de hombre afortunado.

La ciega suerte trató, aunque en vano, de darme una severa leccion, y no solo perdí cuantas monedas y billetes yo llevaba, sino tambien algunos mas, que la amabilidad de aquellos señores me proporcionó. Repitióse la misma escena una noche y otra; y ya no era distraccion lo que buscaba, lo que con ánsia y con el mayor empeño anhelaba, era el desquite, era recobrar lo que habia perdido para no volver á jugar jamás.... No necesito decirte, que lejos de conseguirlo, me engolfaba mas y mas, hasta parecerme pequeña aquella mesa, en que cuando no otra cosa, necesitaba guardar las consideraciones que á la buena sociedad se deben.

No tardé en conseguir lo que deseaba; el mismo que me abrió las puertas de la primera tertulia, tenia tambien la llave de la segunda. No sé por qué detestaba á este hombre, sin poder separarme de él. Por desgracia.... fué muy tarde cuando se alzó el antifaz que le encubría.

Ni dormía ni descansaba; mis costumbres se habian cambiado absolutamente, y todos mis negocios estaban abandonados.... El dia en que vine aquí despues de perder cuanto dinero poseía, acababa de perder una finca.... valiera mas que estos contratiempos hubieran venido seguidos.... tal vez así.... viendo desaparecer mi fortuna de dia en dia, hubiera sondeado el abismo que se habria á mis piés, y me hubiera retirado....

Pero no, era necesario que dia por dia tambien, año por año, apurára hasta las heces la amarga copa que mi imprudencia me deparára. Tras una pérdida considerable, tenia un semana, un mes de pequeñas ganancias, que reunidas, ni con mucho componian la cantidad primera....

Todo en fin lo perdí; y cuando arrojado por mis implacables acreedores, hasta de la casa en que mi padre habia exhalado el último

suspiro, me ví en la mas espantosa miseria, sin amigos á quienes contar mis desgracias, y sin esperanza de que nadie escuchára mis penas, ni me prodigára un consuelo; traté, cobarde, de poner fin á mis días....

Esta joya, única que poseo, y que no se salvó en mi poder, cuya vista me trae á la memoria una vida, que ya pasó para no volver; esta joya que espero entregarás á su dueño, cuando léjos yo de tí, la descubras y la conozcas... esta joya, repito, me hizo comprender, que no la muerte, sino la vida me era necesaria, para purgar en la desgracia todas las amarguras, todos los martirios que he hecho sufrir, y que ahora de retorno destrozan mi corazón.

Arrepentido de mi villano pensamiento, me alejé veloz del lugar que eligiera para perder mi alma, despues de haber perdido mis ilusiones.....

Un amigo de mi padre, acaba de tenderme una mano protectora, destinándome á una de sus haciendas de América; mañana parto para Cádiz donde me embarcaré.

Pocos dias despues de su marcha, rompí el lacre que sellaba el encargo, que me habia dejado: era el retrato de María y una carta en que se despedia de ella para siempre. Sin duda mi desventurado amigo ignoraba que María habia muerto, no pudiendo soportar el dolor que su conducta le habia causado, y su casa, aquel lugar en que tantas horas de ventura habian pasado, estaba sola y deshabitada, cual si nadie se atreviera á envolverse en la tristeza que aquellas paredes encerraban.

EULOGIO MARTIN.

FABULAS, CUENTOS Y REFLEXIONES MORALES.

En una alberca cayó

Don Cosme ayer de mañana

Y al poco tiempo se ahogó;

Por eso calculo yo

Que don Cosme no era rana.

Caminaba Juliana con presteza

Con un bulto de ropa en la cabeza,

Mas se movió de pronto una jarana

Y el bulto le robaron á Juliana:

En toda gresca ó popular tumulto

Siempre es mucho mejor guardar el bulto.

Yo conozco un caballero

Que es hombre de gran prosapia,

Tuerto, zurdo, sin dinero,

Y mas sordo que una tapia.

Hace su mujer, que es lista,

Pasteles como la miel,

Mas él aguza la vista

Y no descubre el pastel.

Diz que ella toca el piano

Y él siempre lleva el compás,

Mas aunque alarga la mano

No dá en la tecla jamás.

Ella resta y multiplica

Si la ocasion se presenta,

Mas él, por mas que se aplica,

Caer no puede en la cuenta.

Ella limpia, lava y friega,

Que es de pulcritud dechado,

Mas él al sueño se entrega

Sin comprender el fregado.

A cazar perdices vá,

Pasa frios y calores,

Apunta pero no dá

Y se le van las mejores.

Por la pesca desvaría,

Pescando las horas pasa,

Y otros tienen la manía

De ir á pescar á su casa.

Cuando teme al aire frio

Y quiere estar ancho y horro,

Dice á su esposa: ángel mio,

¿En dónde me has puesto el gorro?

Si quién es este buen hombre,

Lector, por saber te afanas,

Te diré su patria y nombre:

De las Batuecas, Juan Lanás.

Una mosca paróse cierto dia

en un divieso que Pascual tenia.

Mas hizo la infeliz mala jornada

pues murió á poco tiempo envenenada.

Conste pues que no es sano

en muchas ocasiones irse al grano.

El moro Aben-Bimbon se entretenia

en asolar la costa de Almería,

y Alcachofín, señor de aquella tierra

salir dispuso para hacerle guerra;

pero fué tan despacio el muy borrico

que el otro se escapó, y agur Perico!

Siempre debe marcharse por la posta

en sabiendo que hay moros en la Costa.

Por dos cuartos qué dí ayer

al necio de Sinforiano

con un tremendo alfiler

se picó toda una mano.

Y yo dije, es imposible

que no esté borracho ó loco,

un hombre tan susceptible

que se pica por tan poco.

Montado en un corcel de pelo overo

su habilidad lucia un caballero.

«Es soberbio animal» dijo un chiquillo

«soberbio» repitieron en corrillo.

Mas entonces el bicho dió tal salto

que al ginete infeliz echó por alto.

Ten presente, si temes tales sustos,

que la soberbia causa mil disgustos.

Un pájaro de los trópicos

Tuvo Inés, tan bello y gárrulo,

Que con su canto dulcísimo

Pasaba momentos plácidos.

Pero vió la jóven cándida

Que era el pico agudo y áspero,

Y dijo á su amante estólido

Que la contemplaba estático:

—«Con mis tijeras finisimas

«Ahora voy á despuntárselo;
 »Tenle la cabeza, Crispulo,
 »Que si no, me falta el ánimo.»

Cogióle al punto solícito
 Don Crispulo, y el gazzápiro
 Apretóle con tal ímpetu,
 Que al fin lo dejó sin hálito.

Al mirarle cadavérico,
 De su Inés los ojos lánguidos
 Brotaron amargas lágrimas;
 Tornóse su rostro pálido,

Y con su amante, colérica,
 Le llamó estúpido y bárbaro.

—«Por tí, le dijo, maléfico,

»Ya mi corazón volcánico,

»Ni la mas pequeña ráfaga

»Conserva de amor seráfico.»

Esto al escuchar, el misero
 Se echó á llorar como un párvulo,

Se levantó despues trémulo,

Salióse á buscar un álamo

Y allí se estrujó las vértebras

Con una cuerda de cáñamo.

En vista de lo patético

De este suceso romántico,

No tengas, lector carísimo,

Jamás la cabeza á pájaros.

VILLADIEGO.

Mi amigo que tiene un chico
 Travieso y desobediente,
 Pretende que ante la gente
 Pronto esté á su indicacion
 Y así al intento le dijo:
 Has de acudir con presteza
 Cuando incline la cabeza,
 Pues llamarte es mi intencion.

Mas el chico que es muy listo
 Y nunca queda callado,
 Le replicó de contado
 Con intencion pura y sana.
 Papá y cuando yo la mueva
 Al uno y al otro lado,
 A V. no le dé cuidado
 Pues es que no me dá gana.

E. M. P.

REVISTA DRAMATICA.

Nada, absolutamente nada nuevo tenemos que decir á nuestros lectores. Sea porque la postracion en que queda la coronada villa despues de los bulliciosos dias de carnaval, se haya comunicado á las empresas teatrales, sea porque imitando á la iglesia que nos impone el ayuno, quieran imponernos tambien un ayuno literario; es lo cierto que los teatros van pasando y nada mas.

Novedades sigue *Entre el cielo y la tierra*, y el público, que entre censurar lo malo que esta produccion tiene ó aplaudir lo bueno, ha optado por lo segundo, continúa aplaudiendo y llenando el teatro. Hay además otra *novedad* que no deja de llamar gente. En los entreactos en lugar de tocar la orquesta, toca D. Salvador Daniel violinista español. No hemos tenido el gusto de oír á este señor, pero nos tomamos la libertad de hacerle notar que sus melodías per-

judican á la Real Hacienda, porque en los entreactos suelen los fumadores salir á echar un par de cigarritos, y como ahora no abandonan el asiento, es claro que no los echan. Si este señor no elige otra hora para sus conciertos, van á disminuir los productos de la renta.

El *Circo* está dando un repaso á su repertorio, que aunque bueno es visto, y por ahora no se anuncia nada nuevo que poner en escena.

Ya saben nuestros lectores que volvió á abrirse el *Príncipe*, el cual continúa sin *novedad* en compañía de la Guy-Stephan y Monsieur Paul.

No queremos decir nada del teatro de la *Princesa*. Hay cosas que peor es meneallas.

De propósito hemos dejado para lo último á la *Zarzuela*, porque es el único de quien tenemos algo que decir.

Empezaremos alabando el que se haya escriturado á Sanz. Repetidas veces se ha dicho que la falta de buenos actores era causa de que hubiera decaído notablemente la afición. Mientras aquí se confiaban á Cubero papeles que no debía desempeñar, Obregon, Sanz y otros recibían aplausos en provincias. Ahora parece que se trata de adoptar otro rumbo y nos alegramos.

Se va á poner en escena *El planeta Venus*. Si la zarzuela guarda analogía con su título vamos á vernos trasladados á la region de los astros.

Dicen que este verano tendremos zarzuela en el *Circo* de la plaza del Rey, por cuenta de los Sres. Tamayo (D. Vitorino) y Oudrid, que tan buen partido sacaron el año pasado con este mismo espectáculo. Añádese que el justamente aplaudido Obregon formará parte de la compañía; si así fuese mucho ganaría la empresa para con el público.

Otra noticia y será la última. Se está traduciendo el aplaudido drama de Alejandro Dumas (hijo) titulado *El hijo natural*. Mucho se espera de esta produccion, y á nuestro modo de ver sin motivo. Pasaren ya por fortuna los tiempos en que bastaba que una obra se aplaudiese en Francia para que lo fuese tambien en España. Ahora el público tiene opinion propia y cuando una cosa no se adapta á su gusto, hace *fiasco* á pesar de todos los aplausos que en París haya recibido.

Las noticias que tenemos de *El hijo natural*, nos hacen creer que no se aclimatará en España. A Dios gracias no estamos tan desnaturalizados como nuestros vecinos de allende el Pirineo.

Como los teatros no nos quieren dar nada nuevo, fuimos noches pasadas al *Circo* de Paul, cuya empresa, mejor avenida con sus intereses, no perdona medio de atraer al público.

Y no nos pesó la visita, porque en ella tuvimos el placer de ver trabajar á dos compatriotas, los Sres. Hernández y Domingo, digno sucesor este de Blondeau, que tan aplaudido fué el año pasado.

Aconsejamos á nuestros lectores, que cuando en los teatros den un drámon de esos que ahora se estilan, en lugar de gastar su dinero en ponerse de mal humor, lo empleen en este coliseo donde se pasan muy buenos ratos.

GERMAN GINAL.

COSICOSAS.

Una señora adquirió no ha mucho en un cementerio de esta córte terreno para edificar un panteon; en la firme inteligencia, decia, que en él no se enterrarían mas almas vivientes que las de su familia.

Quejábase un músico en un concierto de no salir bien la pieza, porque el contrabajo estaba *bajo*.

Pues bien, dijo uno de los circunstantes, pudiéramos subirlo en esta mesa y estará mas alto.

En una visita que giraba en su diócesis un obispo preguntó á un buen cura de una aldea cuánto le valia su beneficio.

—«Tanto como vuestro obispado, Ilustrísimo Señor; el infierno ó el paraíso, según el uso que hagamos de nuestro talento.

Un oficial pasaba un río en una barca en compañía de un capuchino que tenía á su lado un horriquito. El pobre animal temblaba con todo su cuerpo, y el capitán que tenía intención de burlarse del reverendo padre, empezó la conversacion preguntándole la causa de aquel temblor.

—Si vos tuvierais, contestó el religioso, como mi asno, la cuerda al cuello, grillos en los pies, y un capuchino á vuestro lado, temblaríais algo más.

Un aldeano sorprendido de ver ponerse el sol todos los días en una estremidad del cielo, y verle salir al día siguiente por la otra, preguntaba la razón de ello á su compadre, que pasaba por lo más instruido del pueblo.

—Eso consiste en que dá la vuelta por la noche para hallarse por la mañana donde tú le ves.

—Calla, hombre, si así fuera le veríamos dar la vuelta.

—¡Ah brutal! cómo le has de ver si es de noche.

Un hombre rico, cuya mujer era en extremo alegre, hizo edificar una posada cuya construcción dirigió personalmente.

Su costilla enseñaba á todos los que pasaban el nuevo edificio, y al llegar á la cuadra, en donde se habían puesto en lugar de ataderos para las caballerías, cuernos empotrados en la pared, decía enfáticamente.

—Todo esto ha salido de la cabeza de mi marido.

RECETA INFALIBLE PARA CURAR EL DOLOR DE MUELAS.—Se toma una cabeza de ajos, y no de las que el SAINETE usa para sus coronas, y se coloca en la picadura. Preparado de este modo el paciente, debe meter la cabeza en un horno de cocer pan, y tenerla allí hasta que la cabeza de ajos esté asada. En el momento desaparece el dolor para siempre. *Y es probado.*

Iba de camino con unos arrieros, caballero en un corpulento mulo un jovial estudiante, que no era muy buen jinete, y más de cuatro veces se apeó por las orejas.

Para evitar la repetición de los sendos batacazos que había sufrido, se echó hacia las ancas, en ocasión que subían una cuesta á paso de andadura. Viendo que con la nueva táctica llevaba trazas de apearse por la cola, dijo á uno de los arrieros que le acompañaban: —«Tío Paco, tráigame V. otro mulo, porque este se me está acabando.»

Acostumbraba el gato de un barbero ponerse al lado de su amo cuando este ejercitaba su caritativa profesión: un parroquiano á quien estaban desollando y no podía resistir los maullidos del animalito, preguntó:

—¿Por qué está ese gato al lado de V. y maullando siempre?

—Porque espera que caiga algo. Contestó el barbero con la mayor formalidad.

Iba un gitano montado en un rocin flaco y macilento, de largas zancas y desmesurado pescuezo.

—Compadre, le dijo un chulo, ¿cómo vende V. la vara de pescuezo?

Volvióse el gitano con presteza, alzó la cola del rocin y contestó:

—Amigo, pase V. á la tienda y hablaremos.

—¿En qué se parecen los sacamuelas, las escopetas y las gatas?

—En que tienen gatillos.

ACERTIJOS.

I.

Sin mí no puedes tú ser,
Yo no puedo estar sin ti,
Tú no cres nada y yo sí
Aunque te formé al nacer;
Nada tienes de mi ser,
Con todo, nos parecemos,
Y si parejas corremos
Y el enemigo me sigue
A tí también te persigue,
Y si tropiezo caemos.

II.

Saliendo de una taberna
Un devoto del Dios Baco,
Trozó, cayó en el suelo,
Se dió un golpe contra un canto,
Y con muchísima sal
Se hizo un chichón como un nabo.
Furioso se levantó
Dió un trapiés, echando un taco,
Y se fué á comer un trozo
Del acertijo que acabo.

CHARADA.

¿Veis ese ser luminoso
Centro del gran movimiento,
Del mundo entero ornamento,
Vida y muerte de la flor?
Pues es mi primero, hermoso,
A quien ves y nunca miras,
Inaguantable en sus iras,
Delicioso en su favor.

¿Ves voltear una mano
Que ahuecada tiene un tuno
Y que al juzgarlo oportuno
La abre artero y sin sentir?
Pues atención, que á lo llano
Dando vueltas y algún susto
Causando pesar y gusto
Mi segunda va á salir.

¿Ves esa mezcla risible
De bajeza y altivez,
De elegancia y rustiquez
Capaz del bien y del mal?
Pues es mi todo, que horrible,
Lo que más amable aborrece,
A quien le mande empobrece,
Y es necesario y fatal.

Solución del Logogrifo inserto en el número anterior:

Can—Casto—Santo—Nota—Sano—Canas—Cano—Nato
Cota—Nata—Aso—Caton—Ana—Canto—Tos—Sota—Asno
CANASTO.

Solución de la Charada.

Rosario.

Por todo lo que vá sin firma, JUSTO DEL BARRIO.

Editor.—D. JOSÉ E. RIVERO.

Madrid 1858.—Imprenta de Julian Peña.—Lope de Vega 26.